

Bitácora Médica del Doctor Falcón

La medicina y la farmacia en el siglo XIX*

Francisco Durán. Coordinación General de Investigación
<fduran@ci.ulsamex.mx>

RESUMEN

El presente trabajo es el prólogo de una investigación en la que se transcribieron, paleografiaron y acotaron las recetas que día con día escribiera un minucioso médico durante la segunda mitad del siglo XIX. Lo que aquí se presenta es la historia del autor así como el devenir que tuvo esta bitácora. El rescate de este tipo de trabajos enriquece tanto a la historia científica como a la historia social de México.

Palabras clave: Herbolaria, medicina, farmacia.

ABSTRACT

This research is the foreword of an extensive transcription of a Medical diary, written over the second half of the 19th Century, by a patient and dedicated physician. What we include here is the history of Doctor Falcón, and the history of the diary itself. This kind of work is relevant as it is a part of the rescue of the scientific and social history of Mexico.

Keywords: Herbs study, medicine, pharmacy.

PROEMIO

LA MEDICINA DECIMONÓNICA

"La labor del médico cuando no deja escritos, sólo pervive en el agradecimiento y en la vida del paciente".
Germán Somolinos d'Ardois, *Capítulos de Historia Médica*. vol. II, p. 120

En México, la medicina, lo mismo que su población, costumbres y tradiciones, es mestiza. Sus raíces son, naturalmente, la indígena y la española. Y en ellas se mezclan la sabiduría prehispánica, con la farmacopea, la medicina galénica e hipocrática tradicional. Podríamos decir que el devenir de la medicina mexicana es único. Mientras que el arte galénico se impartía en la Real y Pontificia Universidad de México, bajo todos los cánones y tradiciones, por otro lado vamos a tener el saber de los curanderos, la sabiduría de las yerberas, y la infinita gama de remedios populares que se aplicaban y que gozaban de mayor prestigio y credibilidad que la misma medicina.

El ejercicio médico, mezcló tanto los conocimientos académicos, como los del saber popular. Los galenos hacían uso de los remedios más inauditos, para proporcionar la cura necesaria, que iban desde las fórmulas magistrales hasta los remedios populares; lo que fuera y como fuera con tal de curar al paciente, el que, a fin de cuentas, acababa sanando con el médico, sin el médico y a pesar del médico.

La formación de nuestros médicos era prácticamente la misma que tenían los europeos durante el siglo XV o la primera mitad del siglo XVI "...aspirante a médico tenía que conocer, y estudiar durante los cuatro o cinco años de su carrera los Aforismos de Hipócrates, varias obras de Galeno, De usu partum, Método medendi y la Articella o Ars parva, el Canon de Avicena y algunos fragmentos de otros autores árabes como Averroes y Razes. Esta es la base ...de los estudios médicos en México, ya para fines del siglo, encontraremos el mismo esquema con muy ligeras variaciones." Sin embargo, una cosa era estudiar medicina y otra graduarse de médico. En aquel entonces muchos, por no decir que la mayoría, eran bachilleres que se

* Extracto del libro *Bitácora Médica del Doctor Falcón. La medicina y la farmacia en el siglo XIX*, editado por Universidad La Salle, OFIL y Plaza y Valdés. México, 2000

¹ Somolinos d'Ardois, Germán, *Capítulos de Historia Médica Mexicana*. "El fenómeno de fusión cultural y su trascendencia médica", vol. II, p. 112.

decían cirujanos, cuando no eran más que simples sangradores o barberos. Así que una cosa era el conocimiento de la medicina en sí y otra eran sus intérpretes. De ahí que Voltaire comentara que: "El arte de la medicina consiste en distraer al paciente, mientras la naturaleza cura el mal"² Y para entonces no estaba nada errado. "No obstante hubo médicos con estudios universitarios, cirujanos de calidad aprobados por el Tribunal del Protomedicato en España; barberos sangradores de formación empírica, pero suficiente para la práctica diaria. Boticarios, no siempre graduados, en general trapisondistas, que trajeron de cabeza a los visitantes del Cabildo. Ensalmadores, algunos algebristas, curanderos y aficionados, unos con aureola de prestigio o santidad y otros con espíritu de la picaresca en el cuerpo."³ Y es que la medicina formal de aquel entonces es, en ojos del siglo XX, una cuestión tan esotérica que nos resulta más familiar el remedio casero que la metodología científica de aquella época. Los médicos para externar un diagnóstico, primero observaban la condición, complexión y temperamento de los enfermos, según la tradición galénica. "Los coléricos son prestos y diligentes, los flemáticos flojos y perezosos, los sanguíneos, alegres y los melancólicos tristes"⁴. Ya establecido el temperamento del enfermo hacían uso de sus conocimientos de astrología para saber la gravedad de la dolencia, así aplicaban las enseñanzas de Ptolomeo, Hermes y Bethem. "Si en el principio la enfermedad estuviere la luna en Libra en conjunción en Saturno o Marte, es señal de muerte. Las enfermedades tienen principio, o las heridas y caídas sucedidas en la conjunción de sol y luna, suelen ser peligrosas; mayormente si alguna de éstas tiene su principio antes de la conjunción u hora de la luna nueva, que todo es uno mismo."⁵ No contentos con eso había que ver la época del año en que caía enfermo el paciente, pues también contribuía a corroborar el temperamento y por ende la cura. Así: "En marzo, abril y mayo, que es el verano, reina en el cuerpo humano la sangre. En junio, julio y agosto, que es el estío, la cólera. En septiembre, octubre y noviembre,

que es el otoño, reina la melancolía. Y en diciembre, enero y febrero, que es el invierno, la flema."⁶ Ya establecida la época, había que ver a qué hora del día había comenzado la dolencia, para poder afinar el origen y evolución del mal. "Y así mismo en el día natural de veinticuatro horas reinan en el cuerpo humano estos cuatro humores, porque desde las tres de la mañana hasta las nueve de la mañana, la cólera. Y de las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde, la sangre. Y desde las tres de la tarde hasta las nueve de la noche reina la melancolía. Y desde las nueve de la noche hasta las tres de la mañana, la flema. Y así veremos que los buenos médicos se informan a qué hora crece o mengua el accidente o calentura que tiene el enfermo para juzgar bien la enfermedad y de qué humor es causada."⁷

Caminado todo este trayecto se llegaba a la peor parte, el diagnóstico y la terapéutica, si bien el pobre del enfermo se sentía mal, con la medicina se iba a sentir peor. Las medicinas debían ser clasificadas en húmedas, secas, calientes y frías, y servían para equilibrar debidamente los excesos y las carencias humorales. Si tuviere ronchas, le sangran de la vena de todo el cuerpo y darle un sudor con yerbas calientes, como la sábila, maguey, eneldo. Para el dolor de cabeza, un sahumero del copal. Contra el dolor de vejiga o riñones, unas piedras calientes colocadas en la parte afectada. Para la diarrea un pulque. Para la calor y las angustias la izeleua cruda, molida y revuelta con agua, que actuaba como vomitivo. Las sanguijuelas eran como la aspirina de la época. se usaban para cualquier mal y ocasión, tan populares llegaron a ser que la lírica callejera les dedicó el siguiente versito:

"A mí me duelen las muelas;
Mi hijo tiene tabardillo;
Papá se quebró un tobillo.
Pues a todos sanguijuelas"⁸

Para las amputaciones se usaba la mandrágora como anestésico, teniendo el cuidado de no darle de más al enfermo, pues moriría de

² Baños Urquijo, Francisco (comp). *Florilegio médico mexicano*, p. 17.

³ Samolinos, *Op. cit.*, p. 142

⁴ Baños Urquijo, *Op. cit.* p. 14.

⁵ *Ibidem*.

⁶ *Ibid*, p. 20.

⁷ *Ibid*

⁸ *Ibid*. p. 48.

envenenamiento y cuando se daba lo adecuado, había que volverlo de inmediato a sus cinco sentidos por medio de un vomitivo o friegas en el cuerpo. Así, el anestesiado era obligado a volver en sí y a sufrir no sólo el vómito o las friegas, sino los dolores de la amputación. Ante estos remedios no quedaba más que volver la vista al cielo y depositar la fe en todos los santos, los que resultaban el recurso más seguro para recuperar la salud, pues si bien ponerse en manos de un galeno era un riesgo, el milagro era, sin peligro alguno, la mejor solución. De ahí la popularidad que gozaban muchos santos y que fungieran como especialistas de la medicina, pues había santos para cada uno de los males.

"San Cristóbal y santo Domingo Loricano, eran abogados magníficos para el dolor de cabeza; san Eusebio Samosetano, para las jaquecas; san Javier para las pesadillas y lograr un buen sueño; santa Ludovina secaba el catarro; santa Apolonia y san Francisco Javier extinguían el dolor de muelas; santa Lucía y san Tobías los males que caen a los ojos, y para los riñones era inmejorable san Zoilo; san Andrés Avelino sosegaba los ataques; san Juan Cancio dábale fin a las úlceras y a la tisis más galopante; san Luis Beltrán y san Gonzalo de Amarante volvían sanos a los atacados del terrible cólera; san Bernardo hacía que tornara el apetito; contra el hambre no tenían rivales tanto san Nicolás Tolentino como santa Tiricia y los Reyes Magos; san Blas daba remedio inmediato a las enfermedades de la garganta; san Antonio de Padua hacía a los tullidos de velocísima andadura; san Pedro Tomás extinguía el tabardillo más pintado que un cuadro de Echave, el viejo; las tercianas y cuartanas se rendían al benéfico influjo de san Alberto; san Juan de Dios volvía a meter en quicio a los que con la locura perdieron el entendimiento."

Las enfermedades que causaban mayor mortandad en México, sin tomar en cuenta las epidémicas, ya que éstas se llevaban la estadística por delante, fueron: "1° la pleuresia y pulmonía; 2° diarrea; 3° disenteria; 4° eclampsia; 5° fiebre tifoidea; 6° tisis pulmonar; 7°

apoplejía; 8° hepatitis, y 9° enfermedades del corazón"¹⁰

Este era el Gólgota de cualquier enfermo que recurriera a los médicos, sin mencionar las situaciones de extrema necesidad como cuando se soltaban las epidemias, que no fueron pocas, contra las que no había, remedio, santo, o procesión que salvara a nadie.

El Códice De la Cruz-Badiano nos relata los métodos de diagnóstico de la medicina indígena, que ahora nos parece más lógica y menos elaborada que la clásica, al menos más atentos a la observación y características del paciente.

"Un médico prudente puede pronosticar por los ojos y la nariz del enfermo, si ha de morir o ha de sobrevivir. Por lo cual, según su opinión probable, ojos enrojecidos, sin duda que son signo de vida; los pálidos y blancuzcos, indicio de salud incierta...Indicios de muerte son: un cierto color de humo que se percibe en medio de los ojos..."¹¹

La enseñanza de la medicina cambió hasta la época de la independencia, y gracias a ello se volvió hacia un patrón académico más científico o al menos más tendiente a la científicidad. Así, después de la supresión de la Real y Pontificia Universidad de México, en 1833 se reabrieron nuevamente los programas académicos con materias más enfocadas al arte médico y menos teológicas y humanísticas. Se introducen como parte de las materias la física y la química, que antes se estudiaban sólo en el Colegio de Minería, obligando así al médico a conocer la parte referente a la química aplicada a la farmacia, e iniciando así esta materia como una parte esencial del arte de la medicina. Y es que: "Recién concluida la conquista, el ejercicio de la farmacia tuvo que ser posterior al de la medicina; se comenzó por usar simplemente las plantas y demás producciones del jardín de Oaxtepec, para hacer las primeras preparaciones farmacéuticas que en su hospital se usaron. Por lo mismo, empezó su ejercicio en manos del más absoluto empirismo. Las cátedras de Farmacia no llegaron a existir en la

⁹ *Ibid.* p. 65.

¹⁰ De Gortari, Hira y Regina Hernández, *Memorias y encuentros. La Ciudad de México y el Distrito Federal (1824-1928)*, vol. III, p. 302

¹¹ *Ibid.* p. 20

Nueva España ni en la naciente República; los boticarios no tuvieron escuela ni estudios; adquirirían esa profesión con sólo una práctica de cuatro años; y en los últimos tiempos apenas si mal seguían en el Jardín Botánico de Palacio un curso de cuatro meses de botánica, y algunos (rarísimos) solían tinturarse, dicen las crónicas, en química, antes de presentar su examen. Con tales conocimientos salían al ejercicio. Estando las ciencias físico-químicas en un estado de atraso absoluto, y la historia natural guardando uno no menos lamentable, el profesor de farmacia, que ni siquiera así las estudiaba, mal podía desempeñar dignamente en la sociedad el papel que le correspondía. Por eso permaneció la farmacia tan abatida aquí como en otras partes, mientras tal estado guardaron tan interesantes ciencias accesorias."¹²

En la ciudad de México el libro de consulta obligado para cualquier boticario que se preciara de tal, era la Farmacopea Matritense que, ordenada su publicación por Felipe II en 1593, no vio la luz sino hasta 1739. Entre los productos farmacéuticos que aconsejaba este texto encontramos como esenciales y muy importantes: tela de araña, pene de toro lobo, viboras, sapos y ranas, orina de vaca, pulmón de zorra, cola de tlacuache, caca de perro, lombrices de tierra, estiércol de pavo real, enjunidia de gallina y caca de negro.

La medicina comenzó a cambiar, en el siglo XVIII, gracias al espíritu científico de la ilustración y en el siglo XIX a causa de las guerras napoleónicas, ya que fue entonces cuando surgieron los grandes anatomistas y patólogos como Marie-François-Xavier Bichat, Nicolás Corvisart, Phillipe Pinel, Jean Reybard, François Magendie o el mismo René Theophile Laennec entre otros, quienes con los heridos y muertos de guerra tuvieron material de sobra para experimentar y estudiar realmente al cuerpo humano. En México los cambios científicos que comenzaron en 1833 con la apertura de la Escuela de medicina, cambiaron radicalmente la enseñanza y los programas de estudio en los que se impartieron materias como: Farmacia teórico práctica, Anatomía descriptiva y pato-

logía, Fisiología e Higiene, Patología externa, Operaciones y obstetricia, Patología interna, Materia médica, Medicina legal, Clínica externa y Clínica interna.¹³ Pero el impulso realmente científico se percibió hasta que Gabino Barreda estableció el positivismo en México, a través de la educación y quien trasladó a nuestro país la corriente filosófica de Augusto Comte. Gracias a esto: "...el positivismo impulsó el desarrollo de la ciencia en México. Pero al advertir el planteamiento, podría decirse que quizá el pensamiento científico y un cierto ambiente 'cientista' prepararon los medios para difundir el positivismo. Sin embargo, no podríamos excluir lo uno de lo otro, y sí, en cambio, señalar que las condiciones para que pudieran desarrollarse las distintas ciencias estuvieron determinadas por la estabilidad política y por la recuperación económica, que no se habían dado en nuestra República durante los casi setenta años de vida independiente."¹⁴ Muchos y muy notables fueron los médicos que siguieron e impulsaron las ideas de Comte: Gabino Barreda, Francisco Díaz Covarrubias, José María Díaz Covarrubias, Pedro Contreras Elizalde, Agustín Bazán y Caravantes, Antonio Tagle y Alfonso Herrera, entre otros.

Esta época fue, sin duda alguna, muy fértil en cuanto a los avances científicos nacionales, o al menos fue la época de rompimiento con el sistema medieval que se seguía en nuestro país. Sin embargo, no es sino hasta finales del siglo pasado cuando despuntó realmente el avance científico a nivel mundial, gracias a los descubrimientos de Pasteur, Koch y el resto de científicos que aportaron una nueva visión a la medicina e hicieron que sus avances fueran dramáticos.

La Bitácora del Doctor Falcón que es la que ahora transcribimos, paleografiamos y acotamos responde a este último momento de la medicina nacional. Va aproximadamente desde 1840 hasta 1872, es decir corresponde a la transición de las estructuras coloniales y a los primeros pasos del positivismo. Y resulta importante por ser un testimonio de lo que fue la medicina, la farmacia, la herbolaria, la patología y

¹² Flores, Francisco, *Historia de la medicina en México*, vol. I, p. 61.

¹³ Baños, *Op cit*, pp. 36, 37.

¹⁴ Flores, *Op cit.*, vol. I, p. XXXVIII.

en última instancia un reflejo de la vida social en nuestro país, vista a través de las enfermedades, comentarios y situaciones de un médico de su época.

EL DOCTOR FALCÓN

"Y yo siempre parto de este principio: que nada mando a mis enfermos que no tomaría yo en igual caso"

Dr. Falcón, Bitácora, p. 78.

Poco sabemos del autor de esta Bitácora, unas cuantas referencias que éste hace de sí mismo, algunas fechas que cita e incluso recetas propias. Su escrito no manifiesta tendencia política ni preferencia religiosa, se constriñe única y exclusivamente a la materia médica. No sabemos si profesó el liberalismo o el conservadurismo, si estuvo en favor de Santa Anna o no. Si simpatizó con las leyes de reforma o estuvo en contra. Si el gobierno de Comonfort o el Imperio le fueron favorables o contrarios. En fin que encontramos a un científico que se dedicó a lo suyo y que evitó emitir opinión política o religiosa, actitud que, en el apasionado siglo XIX, era muy difícil de tener.

Posiblemente estudió, hacia el año de 1833, en la recién abierta Escuela de Medicina, pues menciona a algunos de los fundadores como sus maestros. De los primeros datos que tenemos de él son su residencia en tierra caliente hacia 1849, él mismo nos lo citó:

"Yo vi curaciones sorprendentes en la tierra caliente donde es endémica esta enfermedad [la diarrea]".

Vivió en Cuernavaca y posteriormente se trasladó a la ciudad de México, ya que en 1853 o 1854, procuró sus servicios como médico a la leva que estaba "reclutando" el General Antonio López de Santa Anna. Para 1858, cuando Ignacio Comonfort aplicó las leyes de Reforma y se realizó la excomunión religiosa, nuestro galeno atendió a las monjas del convento de Regina, en concreto a la madre Marianita Noguera, que residía entonces, en la 2a. calle del Puente de la Aduana núm. 0, y a quien curó del temible cólera, con pequeñas dosis de ron.

Menciona Falcón la existencia de una hermana a la que curó y pasó a ser parte del registro que llevaba. Posteriormente se trasladó al pueblito de Mixcoac desde donde dio consulta a enfermos de los poblados de San Angel, Tlalpan y Tacubaya. Luego residió nuevamente en la ciudad de México.

Entre los médicos contemporáneos que menciona en la bitácora tenemos al Dr. Hidalgo Carpio, Dr. Lucio, Dr. Pascua, Pedro Montes de Oca, y entre sus maestros a don Pedro Escobedo, de quién dice:

*"Este emplasto, desde que en la cátedra nos lo recomendó tanto dicho señor [Pedro Escobedo] lo he usado y usaré siempre, pues he visto toda la vida sus buenos efectos yo lo uso desde el año de 1839"*¹⁵ Lo que nos dio una pauta para ver que ya en 1839 estaba ejerciendo, y que sus mentores fueron los que introdujeron la medicina positivista. Como dijimos antes, posiblemente se formó entre las primeras generaciones de la Escuela de Medicina, la que tuvo el siguiente cuerpo académico:

*"...profesor de anatomía a Guillermo Cheyne; de fisiología e higiene a Manuel Carpio; a Ignacio Erazo de patología interna; a Pedro Escobedo de patología externa; a Isidoro Olvera de materia médica; a Francisco Rodríguez Puebla de clínica interna; a Ignacio Torres de clínica externa; a Pedro del Villar de operaciones y obstetricia; a Agustín Arellano para medicina legal y a José Vargas para farmacia."*¹⁶ Para ese entonces los requisitos para ser miembro de la Facultad de Medicina eran: "Tener treinta años cumplidos y seis de ejercer la profesión. Esto fue ya un paso de progreso; se acabó con el monopolio científico; se quitó una supremacía que no tenía razón de ser, en los tiempos que corrían y en plena República, a ciertos títulos que bien pudiéramos llamar de nobleza médica, y se acarreo la nueva era que se iniciaba en el año de [18]33...las atribuciones que aquella corporación tuvo a su cargo... formar su reglamento y sustituir al protomedicato en algunas de las pocas atribuciones que tenía al extinguirse –pues que según

¹⁵ Bitácora. Véase nota 848

¹⁶ Martínez Cortés, Fernando, *La medicina científica y el siglo XIX mexicano*, México, FCE, p. 69

la nueva organización que se dio entonces a todos los tribunales, las demás pasaron a otras corporaciones-, especialmente en las de verificar los exámenes de las profesiones médicas y anexas.¹⁷

Los textos a los que el doctor Falcón recurrió con más frecuencia para emitir sus diagnósticos y fórmulas fueron: El Anuario de Bouchardat en primer lugar, el Anuario de Wahu en segundo término y La Nueva farmacopea mexicana, amén de los recortes que encontraba en diarios de la época, de las recetas que le proporcionaron por tradición oral y los remedios caseros que aplicó. En aras de la curación del paciente nuestro autor no se cerraba o restringía al saber científico de la época, cualquier remedio que tuviera efectos probados lo aplicaba o al menos lo acotaba. Así, la Bitácora, fue desde un cúmulo de remedios caseros, fórmulas, recetas magistrales, casos médicos, opiniones científicas, propiedades de ciertas plantas, baños, enfermedades, noticias, epidemias, hasta las curaciones de los callos, la alopecia, o los dolores de cabeza. El texto escrito con una intención personal, cuyo objetivo fue el crear un Vademécum propio y rápido de consulta, que facilitara el diagnóstico. En este texto se mezclaban las recetas de la farmacopea francesa junto con la herbolaria popular, los tratamientos más científicos hasta las observaciones personales en la cama del enfermo, en donde se conjugaban el conocimiento médico y la experiencia propia del autor. Si bien el Doctor Falcón no fue positivista de nacimiento, sí llegó a tener la influencia de esta filosofía. Su método científico basado en la observación se ve claramente en los retratos que nos deja de los pacientes a quienes trata. Veamos un ejemplo:

"Una mujer de proporciones muy varonil que residía en su rancho a extramuros de Cuernavaca, de 29 años de edad, de temperamento sanguíneo y constitución activa y mediana estatura"¹⁸ Aquí ya tenemos al paciente descrito en edad, sexo y condición, temperamento, actitud y estatus social. Primera observación sobre el físico y carácter del paciente. ¿Qué le pasó a esta joven mujer? "...una mañana a las cuatro

salió de su habitación para ordeñar a sus vacas, (por gusto, pues tenía criados suficientes que lo hicieran)". Segunda observación, a qué hora ocurre el accidente y nos aclara además que su situación económica pudo habérselo evitado. "Y cuando menos lo pensaba salió de repente un toro, quien dirigiéndose a ella la derribó al suelo (donde estaba sentada con un jarro en una mano y con la otra mano estaba cogiendo el pezón de la vaca) introduciéndola una de sus astas en el abdomen por su parte inferior, y la arrojó a una grande distancia. Inmediatamente y con gran velocidad ella se levantó y viéndose con sus intestinos fuera con mucha sangre fría los envolvió en sus enaguas y echó a correr porque el toro de nuevo la seguía, a pesar de lo que le llamaban la atención todos los de su familia, pero ese animal por fin la alcanzó y de una fuerte comada en la espalda la derribó al suelo y le metió la asta entre los muslos a lo largo de los grandes labios del lado derecho, ocasionando una herida de cuatro pulgadas de largo sobre una y media de profundidad. Esta desgraciada permaneció tirada debajo del animal por algún tiempo y la embestia furiosamente sin que nadie se la pudiera quitar y todos temían a cada momento que la atravesara de parte a parte. Mas de repente ella se pudo escapar de debajo de la fiera arrastrándose y corrió con extraordinaria velocidad y salvó una tapia..." Ya tenemos la tercera observación con heridas, profundidad de las mismas y estado traumático. Ahora entra en escena el Dr. Falcón. "A mi llegada la encontré en su cama, pálida, sus vestidos empapados en sangre y hechos pedazos; los intestinos esparcidos alrededor y cubiertos de sangre y tierra, la cara toda arañada y varias contusiones en los brazos y en la cabeza." Viene ahora la Curación: "limpié los intestinos lo mejor que pude y observándolos con atención noté que en algunos puntos estaban rojos inyectados, se veían perfectamente los vasos con motivo de la dilatación de los intestinos por los gases que contenían. Procedí a la reducción de los intestinos, lo que conseguí después de muy penosos esfuerzos pues la masa de intestinos salidos era muy grande y fue indispensable cortar algunas porciones de epiplón que estaban dilaceradas y rotas en varias partes. La herida era transversal situada a dos traveses de dedo debajo del ombligo de seis pulgadas de longitud, un poco inclinada hacia la ingle izquierda, de manera que una porción de los músculos

¹⁷ Flores, *Op. cit.*, vol. II, pp. 206-209.

¹⁸ Véase Bitácora, "Cornada de un toro", p. 320

oblicuo externo e interno, todo el grueso del externo pubiano del lado izquierdo, con una gran parte del derecho así como el peritoneo, se encontraban dilacerados, los dos extremos del externo pubiano izquierdo estaban retraídos en el lugar de la división, una pulgada más que la piel que los cubría. Practiqué la reunión inmediata por medio de la sutura entortillada, apliqué vendoretas de tela emplástica en los intervalos de la sutura y sostuve el todo con un vendaje de cuerpo; la enferma estaba muy débil y estropeada, y había algo de calentura y cefalalgia. Prescripción = Solución de goma endulzada con jarabe de naranja, dieta rigurosa y atole. Reuní la herida del muslo con tiras de tela". Hasta aquí aplicó lo que equivaldría a la sala de urgencias de cualquier hospital. Obviamente sin antibióticos —que aún no se descubrieran— una asepsia bastante deficiente y esperando que la condición física del paciente hiciera todo lo demás. El seguimiento que el Dr. Falcón dio al caso fue diario, y así acotaba la evolución del paciente. "Día 2° de observación. La noche fue muy mala, la enferma estuvo agitada, inquieta y quejándose mucho, hoy el pulso está lleno y frecuente, la piel caliente, el vientre sensible y meteorizado. Prescripción Sangría de brazo, fomentaciones emolientes al vientre y la misma bebida." La dieta equivalente a lo que ahora sería una dieta blanda, atoles y caldo. A los ocho días la cicatriz ya se iba formando y a los diez y seis ya había cicatrizado, a los 18 días se levanta la enferma completamente sana. A este seguimiento agregó el Doctor sus reflexiones personales, sus temores y lo que quizá no se atrevió a mencionar siquiera a los familiares del enfermo. "Reflexiones. Lo que temí inmediatamente que hice la primera curación fue (como era muy natural) la peritonitis y ella indudablemente hubiera sobrevenido si (como en otros tiempos se hacía) hubiera yo lavado el intestino con vino, que no hubiera sangrado, y que en vez de bebidas gomosas, hubiera administrado tónicos y antiespasmódicos, entonces la enferma hubiera sucumbido, pues desde los primeros días amenazaba la peritonitis y cuales hubieran sido sus consecuencias. Cedió el mal a un tratamiento enérgicamente antiflogístico y no fue necesario usar del mercurio al interior y al exterior. La robustez de la enferma, su valor a toda prueba y sobre todo su docilidad a todo lo que yo le ordenaba contribuyeron mucho al buen éxito de la curación, pues de lo contrario acaso nada se

hubiera conseguido". Estas observaciones de gran valor nos explicitan la lógica para el diagnóstico y el tratamiento a seguir. Medicina milagrosa podríamos decir, cuando hoy día, todos estos casos se tratarían en quirófano de urgencias, con un equipo quirúrgico adecuado, con la asistencia de ayudantes y enfermeras, luego pasaría el enfermo a sala de cuidados intensivos hasta que finalmente llegara a su cuarto en donde lo atenderían, bien o mal, las enfermeras de piso. Y el bueno del doctor Falcón prácticamente sin ayuda, sin quirófano, con su maletín que contenía todo el instrumental de la sala de operaciones salva, a esa mujer. Épocas de la medicina heroica que hacían que el galeno actuara en las circunstancias más adversas, con lo más rudimentario, que tenían que preparar sus propias medicinas y cuidar, como acabamos de ver, personalmente del paciente. Si bien el contenido general de este documento es de sí importante, los casos particulares gozan de un encanto singular, ya que en ellos vemos al paciente, sus dolencias, los tratamientos y la salud o la muerte y poseen un aire tan personal que acaba uno creando una empatía con el médico, el paciente y el caso.

Las observaciones del Doctor Falcón de las enfermedades son por demás interesantes, ya que toca dolencias que para nosotros resultan desconocidas y que actualmente ya no se oyen nombrar, como la alferecía, el cólico miserere, la anafrodisia, el coqueluche, el corea o mal de San Vito, la tisis, catarro pulmonar, jiones, panarizo, gota serena, anasarca, garrotillo, coriza o romadizo entre otras. Entre los remedios que cita, hay algunos que siguen teniendo el mismo principio químico que hoy día conocemos y otros que nos resultan completamente novedosos en su aplicación; entre las plantas que menciona tenemos: Chirimoya, mandrágora, toloache, flor de muerto, valeriana, ipecacuana, raíz de begonia, tabaco, romero, carrizo machacado, esparto, granada, semillas de acacia, jicama, yerbabuena, dalia, manzanilla, diente de león, hierba de la princesa, flores de naranjo, flores de durazno, chautle, salvia, marrubio, mostaza, ruibarbo, canchalagua, doradilla, lechuga, chicoria, nenúfar y agnus castus, entre otras que son del dominio común y cuya aplicación, hoy día, sigue siendo la misma.

A las enfermedades a las que dedica más información son las epidémicas, el cólera es un ejemplo de ello. Según la época, el cólera era una enfermedad recurrente cada 11 años y cada 4 años. La epidemia, según el insigne científico don Francisco Díaz Covarrubias, dependía de las manchas solares. "Las manchas solares, como se sabe, están sujetas a dos periodos de aparición, uno de 11,11 años, próximamente, que corresponde a su minimum, y otro de 4,77 años después de cada minimum, que corresponde al maximum. Ahora, Jenkins hizo notar que: las máximas y las mínimas de las manchas solares corresponden a las máxima y las mínimas del cólera."¹⁹ Según estos pronósticos en el año 2000 se tendría otra epidemia. Falcón no ajeno a las teorías de su época, también nos adelantó sus conclusiones:

"He reunido datos y resulta que: en el año de 1833, del primer cólera que invadió a la capital murieron de cólera once mil; en el año de 1850, murieron: siete mil, y en el año de 1854, murieron tres mil, esto es, en cada invasión cuatro mil menos".²⁰

Los métodos para combatir esta mortal epidemia fueron muchos y muy variados, lo que nos indica que ninguno fue el efectivo. Estos remedios iban desde el aceite de lavanda; las cucharaditas de ron o aguardiente; el arroz tostado con cuerno de ciervo; el carbonato de sosa con agua de yerbabuena y láudano; linaza, almidón y agua; pimienta de Cayena con esencia de yerbabuena y alcanfor, hasta los baños y los ungüentos; en total sumaban veinte, de los cuales no se hacía uno. La enfermedad albergaba en sí pocas esperanzas, y lo que se hacía para aliviar la triste condición del enfermo era puro requisito, quizá nomás para decir que: "Se le hizo la lucha", y la consulta no se fuera en blanco.

EL DOCTOR PEDRO RANGEL Y LA BITÁCORA

"La suya es la generación que, aferrándose a los principios formales del método positivo, siente la obligación de plasmarlo en hechos concretos, de demostrar su consistencia, su operabilidad; que insensiblemente lo va trocando de método puramente intelectual en método experimental."

Francisco Flores, *Historia de la medicina en México*, vol. 1, p. LXII.

Las bitácoras del Doctor Falcón durmieron el sueño de los justos, entre el polvo y el abandono en el consultorio que fuera del Dr. Pedro Rangel Alcántara, médico del pueblo de Mixcoac, el que al morir las dejó como parte de su acervo bibliográfico personal. Ahí estuvieron hasta que un día el techo del consultorio colapsó y fue entonces cuando su hijo, el Dr. Pedro Pablo Rangel y Navas pidió a su nieto Dr. Carlos Roberto Rangel Vadillo, recogiera los libros que habían sido de su padre y que los conservara en aras de la profesión que los tres tenían. Así, entre basura, excremento de paloma, tierra, vigas apolilladas, ratones y cucarachas fueron saliendo uno a uno los textos que pertenecieron al primero de los doctores Rangel, y así aparecieron los libros, el viejo escritorio de cortina, parte del instrumental médico, una vitrina de estilo eduardiano con un esqueleto articulado, -de nombre Atanasia-, con el que convivieron más de una generación de Rangeles que pasaron por la calle de Romeritos y Cuauhtémoc, -hoy Fragonard e Irene Paz- en el pueblo de Mixcoac.

El año de 1848, México firmó los Tratados de Guadalupe Hidalgo con los que perdió los territorios de California, Arizona, Nuevo México, Colorado y Texas. "Una vez aprobado el Tratado, Manuel de la Peña y Peña abandonó la presidencia y el Congreso eligió al general José Joaquín Herrera, quien tomó posesión el 3 de junio de 1848 y se estableció en Mixcoac mientras las tropas americanas evacuaban la ciudad. El 15 de junio los poderes federales volvieron a la ciudad de México."²¹ Ese mismo

¹⁹ Flores, *Op. cit.*, vol. III, p. 280.

²⁰ Falcón, *Op. cit.*, p. 315.

²¹ De Gortan Rabiela, Hira y Regina Hernández Franyuti, *La ciudad de México y el Distrito Federal. Una historia compartida* México. DDF- Instituto Mora, pp 28-29

año, el 25 de septiembre, nació Pedro Rangel Alcántara, sus padres originarios de Puebla fueron don Agustín Rangel Toledo y doña Concepción Alcántara²², directora de una escuela que, debido a las disposiciones de instrucción pública que implantó Benito Juárez durante su último periodo, en que estableció que los maestros y directores de escuelas que carecieran de los papeles que estipulaba la ley y que los acreditara como maestros, iban no sólo a perder su trabajo, sino también la casa en donde habitaban, ya que en aquel entonces a los directores de escuela se les proporcionaba casa habitación. Doña Concepción que carecía de dichos documentos legales, se encontraba desesperada, pues el plazo estipulado llegaba a su final; así, pidió al Santo Niño Perdido su ayuda para conservar empleo y casa:

*"Niño perdido, Niño gracioso
A pedirte vengo como generoso
Que esta pena que tengo
Me la vuelvas gozo"*²³

Solicitó el favor toda la noche, al día siguiente se despertó con la noticia de que Juárez había muerto, a lo que doña Concepción exclamó jubilosa: ¡Milagro del Niño Perdido! La señora conservó su profesión, su casa y tiempo después hasta logró su jubilación.²⁴

El hijo de doña Concepción y don Agustín fue bautizado como Pedro Francisco de Paula Rangel Alcántara, aunque firmaba en un principio como Pedro Rangel, sin embargo, cambió su nombre a Pedro Pablo, cuando un ilustre bandolero homónimo de él, comenzó a ser aparato publicitario y noticia en los diarios. Y un conocido del doctor le dio por recortar de los periódicos cuanta nota salía del tristemente celebrado ladrón, y enviárselas al galeno, con el afán, evidentemente, de molestarlo. Entonces, el doctor, decidió adoptar a san Pablo que se celebraba el mismo día de san Pedro, y con esto evitar la coincidencia con el amigo de lo ajeno.

La infancia y juventud de nuestro biografiado transcurrió durante los años más críticos de la historia de México, pues abarcó los últimos periodos de actividad política de Santa Anna, los gobiernos de Juan Álvarez, Ignacio Comonfort, Benito Juárez, Zuloaga, el imperio de Maximiliano y la restauración de la república. Sus años universitarios coincidieron exactamente con el último gobierno de Juárez y los primeros años del Licenciado Sebastián Lerdo de Tejada.

Estudió en la Escuela de Medicina de la Universidad, cuando el año de 1868, el presidente Juárez: "...ordena, de acuerdo con la Ley Orgánica de la Instrucción Pública en el Distrito Federal, que la carrera de medicina se curse en cinco años." Siendo el director de la Escuela el eminente Dr. Leopoldo Río de la Loza, impulsor de las cátedras de física y química, y como secretario Luis Martínez del Villar. Para el año de 1869 se estableció como requisito de la escuela la presentación de tesis. "El tema escogido para la tesis manuscrita o impresa del alumno, no podía ser cambiado 'si no por muy justas razones', teniendo que registrarse en la Secretaría de la Escuela al realizar la inscripción al último año de estudios." Así, la formación médica bajo la que estudiaron estas generaciones fue la del positivismo, cuyo más grande impulsor en México fue el doctor Gabino Barrera y sus alumnos Porfirio Parra y Luis E. Muñoz. Pedro Rangel obtuvo su título de médico cirujano el año de 1874 con la tesis en obstetricia: Distocia por malas presentaciones y manera de corregirla, dirigida por el Dr. Juan María Rodríguez.²⁵ Si bien sus padres no eran gente de recursos, tal vez el haber tenido a una madre dedicada al magisterio, sirvió para que Pedro, con gran tenacidad y esfuerzo, concluyera sus estudios de medicina, ya que había veces que estudiaba hasta debajo de los faroles de la calle.²⁶

²² Datos proporcionados por las señoras Carmen y Susana Juambelz Rangel el día 21 de febrero de 1999.

²³ Datos proporcionados por la Maestra Ma. Antonieta Regangnon el día 27 de febrero de 1999.

²⁴ Archivo personal de Pedro Rangel Municipio de Mixcoac. Recibo de la pensión de doña Concepción Alcántara, por \$30.00 mensuales. 1 f. 10 de junio de 1899

²⁵ Castañeda, Carmen (Coord.). *Catálogo de tesis de medicina del siglo XIX*, México: CESU-UNAM, 1988, p. 20

²⁶ *Ibid*, p. 18.

²⁷ *Ibid*, p. 28.

²⁸ Datos proporcionados por el Sr Javier Gutiérrez Beteta. 2 de marzo de 1999.

Don Pedro casó en primeras nupcias con Consuelo Chapela, aproximadamente el año de 1881, con la que tuvo una hija: María Rangel Chapela, quien nació en 1882. Radicaron en el centro de la ciudad en los altos de la Botica de Nuevo México, que era del señor Benjamín Liz, compadre del doctor; el establecimiento se encontraba en las calles de Artículo 123, entre Dolores y José María Marroquín. En aquel entonces las boticas siempre contaban con un consultorio médico. La botica no sólo era el expendio de medicinas, sino la antesala de la visita médica, el punto de reunión para la compra de perfumería y esencias o la compra de bolitas de naftalina para que no se apolillara la ropa. "Había en las boticas de mis tiempos —escribió Guillermo Prieto— la piadosa costumbre de dar medicinas gratis a los pobres, mientras duraba el toque de las ánimas a las ocho de la noche. Entonces eran los pedidos de ungüento amarillo para un grano, agua cefálica para las muelas, tripa de judas, aquilón gomado, cuernecillo para los alumbramientos, cuerno de ciervo, flor de ganado; sin que dejara de obsequiar el galante farmacéutico a las muchachas bonitas y los niños con trocitos de azúcar cande o con codiciados tamarindos, con un puñito de alhucema para sahumar la ropa o unos trocitos de muñtle, salvia para evitar el insulto a un abuelo. Por último, el boticario era al médico lo que el dependiente de juzgado o tinterillo al licenciado. Recibía consultas, enderezaba entuertos, se iniciaba en secretos, disfrazaba deslices, y al niño chico y la niña con sueño y desgano, la esposa estéril, el fraile destanteado y el tenebroso beato, tenían su tesoro en las confidencias y drogas del boticario."²⁹

El matrimonio Rangel Chapela duró poco tiempo ya que Consuelo enfermó de tuberculosis, y a pesar de los medicamentos y la alimentación rica en lácteos tuvieron que tomarse medidas más radicales y buscar un clima más sano para la paciente, que aliviara su condición en un ámbito más saludable, y como a la ciudad de México le "llegaba el perfume de las flores de Tacubaya, de Mixcoac y de San Ángel

hasta el centro de la capital."³⁰ Don Pedro decidió mudar a su mujer a Mixcoac y para ello, compró al Sr. José Banderas, que era dueño de casi todo el pueblo, un lote de media manzana en lo que fueron los maizales de San Nicolás, en donde construyeron una casa en la calle de Cuahutémoc núm. 68. Ahí se trasladaron para que Consuelo se recuperara con aires bondadosos. En aquel entonces este poblado contaba con la cabecera que llevaba el mismo nombre y los barrios de San Juan Maninltongo, Santa Cruz Tlacoquemeca, la Candelaria, Tecoyotilla, Atepuzco, Actipan, la hacienda de San Borja, que pertenecía también a los Banderas, los ranchos de Castañeda y San José, y el molino de Rosas. Este pueblo, al igual que Tacubaya, San Ángel y Tlalpan fue un lugar de veraneo, que se caracterizó por las grandes casonas, los sembradíos, las muchas ladrilleras, entre las que destacaban las del Seboruco y la Guadalupeana, lo fresco y saludable de su clima y las muchas huertas, pues "había muchos árboles de peras, manzanas, moras y venían a comprar flores de allá del centro".³¹ Sin embargo, el acceso al pueblo era de caminos de terracería, que con la menor lluvia se hacían prácticamente intransitables.

No obstante el cambio a esta población, el fatal desenlace de Consuelo no tardó en sobrevenir. Don Pedro quedó viudo y con una niña. Poco tiempo después entabló noviazgo con Ana María Navas y Domínguez, que era de una familia radicada en Tlalpan que se dedicaban al cultivo del maguey pulquero. Esta relación de un hombre de 45 años con una muchacha de 29 fue muy mal vista por doña María Domínguez de Navas, descendiente del ilustre regidor de Querétaro, don Miguel Domínguez. La oposición de la madre de Ana María a este matrimonio fue definitiva, ya que la muchacha estaba destinada a cuidar a su progenitora; sin embargo, en octubre de ese mismo año, falleció dicha señora y un mes después, el 22 de noviembre de 1890, don Pedro y Ana María³², se casaron, ella de tute riguroso, salvo el blanco ramo de azahares. Y se fueron a vivir

²⁹ De Gortari, Hira y Regina Hernández (comps.) *Memoria y encuentros: La ciudad de México y el Distrito Federal (1824-1928)*, vol. III, p. 252.

³⁰ Pensado, Patricia y Leonor Correa. *Mixcoac un barrio en la memoria*, México, Instituto Mora, 1996: p. 19.

³¹ *Ibidem*.

a Mixcoac, en donde habitaron los cuartos bajos de la casa, mientras la adaptaban a sus necesidades.³³

En este ambiente campestre comenzó a crecer la familia Rangel Navas, los nueve hijos que nacieron de esta unión fueron: Ana, Concepción, Pedro Pablo, Agustín, Francisco, Víctor, Carmen, Guadalupe —que murió de meses— y Alfonso.

La estancia del doctor en el pueblo de Mixcoac fue definitiva, para él y para el poblado, ya que su vida como científico se vio complementada con su actividad política. En 1892 fue invitado a participar en la Comisión de panteones del pueblo, por el entonces presidente Municipal, Tomás Reyes Retana, y un año después fue electo regidor de aguas y encargado de todo el problema que causaba el abasto del líquido a la población, trabajo que le llevó bastantes años y que comenzó con los pleitos del dueño de la hacienda de San Borja, sobre los derechos del agua de la presa de Mixcoac. Posteriormente se vio la necesidad de entubar el agua y don Pedro también fue parte importante de este proyecto. En 1894 fue miembro del proyecto que se encargó de reglamentar el alumbrado de faros, que en 1900 cambió al alumbrado eléctrico que también tocó al Dr. Rangel. En 1895 tramitó y reglamentó la construcción del rastro municipal. Y para 1900, el poblado de Mixcoac adquirió un terreno para la construcción del mercado en el barrio de Atepuxco. La primera piedra la colocó el Capitán primero de ingenieros y Jefe del estado mayor presidencial, Félix Díaz, firmaron el acta el Presidente Municipal Patricio L. León, y Pedro Rangel como testigos. Al mercado se le llamó Félix Díaz y fue construido por el con

tratista Ricardo Carlos Bateman. Para 1903, Mixcoac, “quedó ya como municipalidad independiente de Tacubaya, según la Ley de Organización Política y Municipal del Distrito Federal, conservando los límites señalados pocos años antes.” En 1901 tramitó nuestro biografiado la construcción de terraplenes para el paso del tranvía. En 1903 viajó a San Louis Missouri representando a la Delegación mexicana que asistió a la Exposición mundial, y ese mismo año fue electo Concejal y ratificado en su cargo por el presidente de la República, general Porfirio Díaz, función que desempeñó hasta 1908, en que fue electo Presidente Municipal, cuando precisamente. “la urbanización moderna empezó a darse...cuando se inició el fraccionamiento de la colonia del Valle en los terrenos de ranchos antiguos como el de Los Amores.” Entre las tareas que desempeñó en su cargo, le tocó la instalación del alumbrado de la fachada del Palacio municipal, y seguir tramitando el abasto de agua a los vecinos; la preparación y participación de los festejos para el centenario de la independencia. Empedró las calles del poblado utilizando como mano de obra a los reos de la prisión y reforestó con truenos la zona, algunos de los cuales aún sobreviven hasta nuestros días, y que todavía recuerdan los vecinos: “Había una característica que me encantaba en las calles de San Juan, Rodin, Millet, Rubens, Holbein, Fragonard: estaban cubiertas de árboles de trueno, y en este tiempo era un olor maravilloso, porque cuando se moja la florecita blanca del trueno al llover, despiden un olor muy bonito.”³⁶

Don Pedro, conservó siempre su consulta en la Botica de Nuevo México, así que diariamente se transportaba de Mixcoac a la ciudad de México, pues ya se había acreditado como médico de la capital y su consulta siempre lo esperaba. Como médico atendió a las religiosas que vivían en el poblado: como las reparadoras, teresianas, concepcionistas, y a los padres de la iglesia de san Juan. Con esto decía: “Pagaba el diezmo”, ya que no les cobraba un centavo. No

³²Las versiones sobre este matrimonio son contradictorias entre los informantes. Una de ellas dice: Eran novios desde la infancia, hecho difícil por la diferencia de edad entre ambos. Otra versión dice que la madre de Ana María, en el lecho de muerte, le pidió al doctor Rangel se casara con su única hija para que no quedara desamparada. Y la última versión es la que citamos en el texto, la verdad es que el doctor viudo y con una hija de 6 o 7 años necesitaba una madre para la niña y una esposa para él.

³³Datos proporcionados por la Srita. María Antonieta Regagnon. 27 de febrero de 1999.

³⁴ Pensado, Patricia, *Op. cit.*, p. 18.

³⁵ *Ibidem*

³⁶ *Ibid*, pp. 19-20

obstante ser juarista³⁷, su religión fue la católica, y lo demostró cuando la persecución religiosa, en que abrió las puertas de su casa para que ahí enseñaran las religiosas que habían sacado de su convento. Y una hija suya, Ana casada con Antonio Regagnon las asiló en su casa. Según testimonio de Ángel Hernández vecino de Mixcoac: "Había muchos hombres también, muchos que dijeron: 'Vamos a cuidar que no se lleven a nuestras monjitas, que no toquen el colegio, no tienen que molestarlas'. Y al grito de: ¡Viva Cristo Rey! Sacaban lo que llevaba: pistola o puñales grandes, armas de filo."³⁸ Este capítulo de la historia se vivió muy intensamente en Mixcoac, debido a la cantidad de conventos y al arraigo de las religiosas.

Además de su profesión de médico y político, fue cronista taurino y firmaba con el pseudónimo de P. Drín. Y era bastante leído y comentado entre los aficionados a la tauromaquia. Su filiación política fue la porfirista ya que fue socio del Círculo porfirista de Mixcoac, y como médico, miembro fundador con el número 5 de la Asociación Médica Mexicana. Mantuvo estrecha amistad con el Dr. Vértiz, Porfirio Parra, Eduardo Liceaga, Dr. Lucio, con Guillermo Prieto tenía un vínculo tan estrecho que el ilustre escritor lo trataba de hermano³⁹. Entre sus pacientes y amigos estaban el industrial Carlos B. Zetina, don Pedro Rincón Gallardo, Gobernador de la ciudad de México, Rodrigo Limantour, hermano de José Yves Limantour, Secretario de Hacienda, Felipe Martell, dueño de las casas de juego de Tacubaya, Marte R. Gómez, Ignacio Banderas, todos ellos habitantes permanentes o temporales de Mixcoac.

Murió don Pedro, el 6 de mayo de 1934, a la edad de 86 años. La historia del doctor Rangel abarcó toda una época de la historia mexicana, desde Santa Anna hasta Lázaro Cárdenas, una vida dedicada a su profesión, a cumplir al pie de la letra su juramento Hipocrático, velar por su familia, sus pacientes y por el bienestar del pueblo de Mixcoac.

La Bitácora del Dr. Falcón le pudo haber llegado por varios caminos: el primero, y por el que más nos inclinamos, fue que recibió parte de los libros que fueron de la biblioteca del Dr. Nicolás Ramírez de Arellano, entre los que llegaron tesis impresas y autografiadas a este médico por el Dr. Liceaga, la colección completa de Gacetas médicas desde 1869. Otra fue que algún paciente se los regalara como agradecimiento o como un libro que a él no le valía gran cosa, que lo comprara o que lo recibiera en pago de una consulta. ¿Cómo fue a dar ahí? Lo ignoramos, el caso es que ahí se conservó gracias al lema familiar, "Todo se aprovecha y nada se desperdicia", y para el año de 1972, cuando se desplomó el techo del consultorio, el único hijo médico del Dr. Rangel, Pedro Pablo, regaló esta valiosa biblioteca a su nieto, también médico, para que salvaguardara la memoria galénica de su antecesor. Así esta bitácora ha pasado de mano en mano y se ha conservado, gracias a que siempre ha existido ese celo profesional de que las cosas de un médico queden en manos de otro.

³⁷ Las versiones de los entrevistados se contradicen mucho. Parte de la familia dice que no era juarista de corazón; tanto así, que tenía un retrato de Benito Juárez, que ahora se encuentra en casa de uno de sus hijos.

³⁸ Pensado, Patricia. *Op. cit.*, p. 77.

³⁹ Archivo Pedro Rangel Alcántara. Municipio de Mixcoac. Foto autógrafa dedicada a Pedro Rangel por Guillermo Prieto, que dice: "A mi hermano Pedro Rangel". Guillermo Prieto. México, 28 de noviembre de 1885.